

Recuperar el Chile que fuimos, reencontrar los valores perdidos



César Cifuentes
presidente regional PRI

Chile fue una vez un ejemplo de crecimiento sostenido y resiliencia. Un país que, tras enfrentar profundas crisis, se levantó con trabajo, disciplina y valores sólidos. Supimos convertirnos en un faro de esperanza en América Latina, mostrando que, con esfuerzo y determinación, se podía alcanzar el desarrollo. Pero algo ocurrió en el camino. Hoy nos encontramos con una nación fragmentada, una ciudadanía desmotivada y generaciones que parecen haber olvidado los principios que nos llevaron al éxito.

La generación de los que hoy tienen 40, 50 años o más vivió una crianza diferente. Para ellos, los deberes eran lo primero, el respeto hacia los adultos, los profesores, las autoridades y las instituciones era incuestionable. La educación, tanto en casa como en las escuelas, se centraba en formar ciudadanos responsables, trabajadores y respetuosos. Era una época en la que los padres inculcaban valores como la responsabilidad, la honestidad y el esfuerzo como las claves para una vida plena.

Sin embargo, esa generación, que logró crecer en un ambiente donde el respeto y el esfuerzo eran los ejes fundamentales, no supo trasladar esos valores a sus hijos. En nuestra búsqueda por ofrecerles lo que nosotros no tuvimos, les dimos comodidad, pero olvidamos enseñarles lo que significa luchar por las cosas. Con el tiempo, el discurso se desplazó: los derechos comenzaron a primar sobre los deberes, y la disciplina fue reemplazada por la permisividad.

¿Qué pasó con el Chile que soñamos?

La pérdida de estos valores no es una consecuencia casual ni fortuita. Es el resultado de múltiples factores, entre ellos la falta de un sistema educativo que valore el respeto, la responsabilidad y la honestidad. En algún momento, las autoridades decidieron eliminar la educación cívica de las aulas, dejando a los jóvenes sin herramientas para comprender la importancia de su rol como ciudadanos. ¿El resultado? Generaciones desconectadas del valor de la democracia y del impacto que tiene su participación en el desarrollo del país.

Hoy, el respeto hacia las instituciones está por los suelos. Los profesores han dejado de ser figuras de autoridad en las aulas; los carabineros enfrentan una crisis de confianza que los despoja de su capacidad para mantener el orden, y las figuras públicas parecen más preocupadas por agendas ideológicas que por liderar con el ejemplo. En este contexto, es difícil esperar que las nuevas generaciones crezcan con los valores que una vez definieron a Chile como un país próspero.

Y aquí entra también el actual gobierno, que en lugar de unir, ha profundizado las divisiones. En lugar de fomentar el trabajo duro y la meritocracia, ha premiado la mediocridad, diluyendo la responsabilidad individual y colectiva en discursos ideológicos que no aportan soluciones concretas. ¿Cómo pode-

mos pedir a los jóvenes que respeten las instituciones si quienes las lideran no son dignos de ese respeto?

El desafío de la reconstrucción: recuperar valores, reconstruir confianza.

A pesar de este panorama desolador, Chile aún tiene la posibilidad de cambiar el rumbo. El primer paso es reconocer que el cambio comienza en el hogar. Los padres y abuelos tienen la responsabilidad de transmitir los valores que una vez hicieron de nuestro país un ejemplo. El respeto, el trabajo duro, la honestidad y la disciplina no son conceptos anticuados; son las bases sobre las que se construye una sociedad justa y próspera.

La educación también debe jugar un rol central en este cambio. Es imprescindible que la educación cívica regrese a las aulas, no solo como una asignatura más, sino como un pilar fundamental para formar ciudadanos responsables y conscientes. Necesitamos enseñar a los jóvenes que el voto no es solo un derecho, sino una herramienta poderosa para construir el país que queremos. Debemos mostrarles que la política no es algo ajeno o irrelevante, sino una fuerza que impacta directamente en sus vidas.

Por otro lado, las autoridades tienen el deber de liderar con el ejemplo. No podemos exigir respeto si no actuamos con integridad. Es hora de dejar de lado los discursos divisivos y trabajar en soluciones reales que devuelvan la confianza a los ciudadanos. Recuperar el respeto hacia las instituciones no es una tarea sencilla, pero es necesaria para reconstruir el tejido social de nuestra nación.

El camino hacia el futuro: un nuevo sueño chileno.

Chile enfrenta hoy el desafío de recuperar lo que una vez lo definió: una nación construida sobre los valores del respeto, el esfuerzo y la honestidad. Este no será un proceso rápido ni sencillo, pero es necesario para garantizar un futuro mejor para las generaciones que vienen. Cada uno de nosotros tiene un rol que desempeñar en este cambio, desde las familias hasta las autoridades.

Es momento de reflexionar sobre lo que queremos para nuestro país. No podemos permitir que la apatía y la desconexión sigan definiendo a nuestras generaciones. Debemos recuperar el orgullo de ser chilenos, el sentido de pertenencia y la confianza en que juntos podemos superar cualquier obstáculo.

El futuro de Chile depende de nuestra capacidad para reencontrarnos con nuestros valores, para construir un país en el que el esfuerzo sea premiado, el respeto sea la norma y el compromiso ciudadano sea la base de nuestra democracia. Es un desafío monumental, pero si algo nos ha enseñado nuestra historia es que Chile tiene la capacidad de levantarse, una y otra vez, para alcanzar sus sueños. ¿Estamos dispuestos a hacerlo? La respuesta está en nuestras manos.